

La naturaleza ecléctica del Trabajo Social

Ricardo Antonio Yáñez Félix

Universidad Tecnológica de Ciudad Juárez

ORCID: 0000-0002-2943-2195

CUANDO SE PLANTEA EL TEMA sobre el sincretismo teórico en el Trabajo Social (TS), nos referimos al fenómeno por medio del cual esta profesión pretendió posicionarse y legitimarse epistemológicamente en el marco de las disciplinas sociales emergentes de nuestro continente; ello, a partir de la integración acrítica de posiciones teóricas antagónicas y divergentes entre sí (sin decir que esta cuestión haya sido superada). Por lo regular, no se hace referencia a algunos aspectos contextuales que consideramos indispensables si es que se tiene en el horizonte desmontar algunas de las bases sustantivas que posibilitaron la consolidación de este aspecto característico de la profesión en un momento histórico determinado —el de su “re-posicionamiento crítico” en Latinoamérica en las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX—. En este sentido, nuestra breve reflexión presenta unas notas sobre la naturaleza ecléctica del Trabajo Social Latinoamericano.¹

Comencemos por señalar que el ámbito de origen o de surgimiento del Trabajo Social en América Latina como profesión se caracterizó por la oposición de dos bloques (comunismo y capitalismo) que luchaban entre sí con la intención de imponerse como sistemas dominantes. Pues bien, en este ámbito de enfrentamiento el TS nace dentro del bando capitalista (lo que legitima sus funciones en la división socio/técnica del trabajo es la operacionalización de las políticas “sociales”). Hoy día ya estamos en un contexto muy diferente, pues la oposición señalada fue, paulatinamente, perdiendo vigencia, sobre todo con la desaparición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en 1991: ello supuso el derrumbamiento de la potencia



¹ Las notas que aquí presentamos son, en gran medida, fruto de una investigación de largo aliento que derivó en una tesis de posgrado, la cual fue aprobada con mención honorífica.

más importante del bloque comunista. La existencia de esas dos visiones del mundo otorga la posibilidad de que una de ellas tome elementos de la otra y viceversa; esto se puede constatar una vez que estudiamos el paso del TS *tradicional* al *reconceptualizado*. Dicho “proceso” histórico se distinguió por incorporar elementos de ambos bloques, lo cual constituye un indicio importante sobre el tema que nos ocupa.

La visión capitalista se constata en el uso y aceptación de teorías de corte liberal que introdujeron autores y autoras asociadas al movimiento de reconceptualización, tal es el caso de la sociología con orientación ideológica capital funcionalista que establecieron pensadores como Talcott Parsons y Robert Merton, y que sirvieron de fundamento para asentar el “paradigma” de la “acción social” en el TS (ejemplo de ello es el texto introductorio al TS de Ezequiel Ander-Egg o el escrito sobre metodología básica de TS de María Angélica Gallardo Clark). Mientras, la pervivencia del horizonte comunista queda representada en esta profesión por la suma de reflexiones que integran la llamada Biblioteca Latinoamericana del Servicio Social (con intelectuales marxistas de la talla de José Paulo Netto o Marilda Villela Iamamoto).

Dentro de este marco histórico, por Trabajo Social “tradicional” se entienden las formas de ejercicio profesional desarrolladas en Latinoamérica desde

inicios de siglo XX hasta 1965, fecha que se toma como punto de inflexión en la profesión dado que inicia un momento de autorreflexión disciplinaria (conocido como movimiento de *reconceptualización*) que buscaba superar las corrientes teórico-metodológicas de corte estructural-funcionalista norteamericano y europeo que los centros de formación profesional habían replicado para sustentar las acciones de las/os asistentes sociales, mismas que, de acuerdo con la crítica de los sesenta y setenta, no se adecuaban a la realidad de los países periféricos, con lo cual se introdujeron en el debate profesional otras alternativas teóricas, metodológicas e ideológicas para hacer frente a la “sumisión colonialista”. En este entorno, que vio cómo se consolidaban dos bloques en el mundo, se pusieron en el centro de las discusiones aspectos tan diversos como la subalternidad, la especificidad, la epistemología, la legitimidad o la alienación.²

El nombrado eje tradicional en TS (que se ubica antes de las discusiones de 1965) se caracterizó por afianzar un perfil profesional de corte tecnocrático y con tendencia exclusiva hacia la *intervención social*. El basamento técnico-operativo de la profesión en este periodo —en América Latina— tuvo como influencia decisiva el modelo de seguridad social que se exportó de la tradición alemana y franco-belga en las décadas de los veinte y los treinta del siglo XX.³ La

² Herman Kruse, *Cuestiones Operativas del Servicio Social*. Buenos Aires, Hvmánitas, 1976, pp. 21-30.

³ María Lorena Molina, *Hacia una Intervención Profesional Crítica en Trabajo Social*. Buenos Aires, Espacio Editorial, 2012, p. 22.



incipiente práctica profesional encontró espacios de acción gracias a que los gobiernos de los países del continente fortalecieron la intervención estatal por medio de instituciones sociales que reemplazarían los quehaceres caritativos y filantrópicos de la Iglesia (sobre todo la católica). Así pues, en la práctica “empirista, reiterativa, burocratizada y paliativa”,⁴ el TS “tradicional” encontró su sello de marca bajo los postulados éticos del liberalismo burgués, así como en el cimiento teórico que ofrecían los diversos enfoques teóricos positivistas de corte funcional para reinsertar en el sistema a individuos, grupos y comunidades *disfuncionales* según la visión del bloque capitalista.

Ahora bien, el TS latinoamericano impulsó un movimiento por medio del cual se articularía una ruptura conceptual, metodológica, ideológica y epistemológica, que tenía como objetivo independizar a la disciplina de la visión conservadora de la cual ya hablamos sucintamente. Esta tendencia se conoce con el nombre de reconceptualización del Trabajo Social. Básicamente, el llamado “cambio conceptual” como movimiento amplió y heterogéneo fue una reacción crítica en contra del pragmatismo-empirismo del Servicio Social tradicional; en la corriente de la reconceptualización de América Latina encontramos un número bastante amplió de autores, libros, documentos, propuestas metodológicas, congresos,

encuentros y conferencias que, sin lugar a dudas, apuntan a una redefinición de la profesión a partir del diseño de nuevas opciones teóricas, técnicas, éticas y metodológicas que tenían como denominador común dotar de una nueva identidad (sobre todo como disciplina de investigación “crítica”) al TS, tomando distancia de la perspectiva estructural-funcionalista que tenía fuerte arraigo en el ideario profesional.

El punto de partida del movimiento de reconceptualización estuvo ligado a la crítica de las funciones asumidas por el Servicio Social para lograr la superación del subdesarrollo en las regiones donde la práctica del asistente social ya había ganado un reconocimiento profesional. Nos interesa hacer notar que el trasfondo de la mirada crítica que se inició para evaluar el binomio: funcionalidad del Servicio Social-Subdesarrollo fue configurado por aspectos geopolíticos, entre los cuales destacan: el derrumbamiento de las alianzas políticas de la posguerra, el nacimiento de sujetos políticos desestabilizadores que eran guiados por la reivindicación de derechos sociales, la conciencia transformadora que se formó a partir de la Revolución Cubana y, por último, el desdibujamiento de pactos y alianzas propuestas por el norte imperial para impulsar el desarrollo del continente.

En dicho ámbito, se organizó un colectivo profesional marcadamente sudamericano que tenía entre sus fi-

⁴ José Paulo Netto, “La reconceptualización continua viva, 40 años después”, en Norberto Alayón, *Trabajo Social Latinoamericano. A 40 Años de la Reconceptualización*. Buenos Aires, Espacio Editorial, 2007, p. 72.



las asistentes sociales de formación teórica e ideológica muy diversas entre sí, motivados, sobre otros aspectos, en consolidar el desarrollo social y económico en los países donde llevaban a cabo sus prácticas. El movimiento tuvo dos polos: por un lado, se encontraba un grupo que proponía una modernización del ejercicio profesional que fuese acorde con las propuestas desarrollistas de organización social; y en otro sentido, se afianzó un conjunto de profesionales (más jóvenes y radicalizados) que apuntaron a una ruptura con el pasado para que así la profesión fuera parte de las demandas sociales más amplias,⁵ las cuales implicaban la superación del orden opresivo y explotador.⁶

Con todo y en términos generales, el llamado cambio conceptual también integró de forma acrítica los posicionamientos de la llamada “postura crítica”, la cual se asimiló a partir del marxismo, ya que, por una parte, no se revalorizaron las propias fuentes del materialismo histórico (los escritos individuales del grande del Tréveris y aquellos otros textos que construyó junto a Engels), ni se acudió a autores marxistas de peso (como el caso de Lukács o Gramsci), sino que se rescataron los ecos “dogmáticos” de la teoría revolucionaria, sobre todo por medio de manuales del Realismo Social Soviético, de reinterpretaciones marxistas-leninistas o a través de algunas amalgamas de moda, como el llamado marxismo estructural francés. Y, por

otro lado, el ámbito específico de la supuesta reformulación teórico-práctica del TS se caracterizó por incluir y hacer coincidir posturas de actores con diversos intereses —políticos, intelectuales, ideológicos— que, las más de las veces, no eran coincidentes entre sí, lo que de suyo recrudeció el trato ecléctico de la realidad “social”.

Así pues, desde su aparición como profesión en el continente americano hasta la época contemporánea, el TS fue incorporando en su proceso de constitución disciplinar, aparte de las perspectivas enunciadas, una serie de paradigmas, teorías y dimensiones variopintas que, por ejemplo, en la actualidad, van desde los aportes de Bourdieu y Foucault (en lo que algunos llaman “relativismo posmoderno”) hasta modelos hermenéuticos, de Derechos Humanos y contribuciones tomadas del Pensamiento Decolonial, lo anterior por señalar algunas corrientes y autores.

Esto, sin duda, acentúa el carácter sincrético de la profesión (desde que vimos que TS nace en una visión del mundo capitalista para, luego, integrarse en otra —socialista—, aún y cuando el mundo se regía por el mismo sistema hegemónico capitalista), lo cual demuestra que la disciplina se transforma a partir de procesos eclécticos. Claro está que este sincretismo ha tenido distintas contra-respuestas al interior de la profesión, como es el caso del “Servicio Social Crítico”, tema que trataremos en un artículo posterior.

⁵ En este movimiento, jugó un papel fundamental la llamada generación del 65, quienes impulsaron la renovación de la disciplina. Destacan los nombres de Herma Kruse, René Dupont, Luis María Früm, Juan Barreix, Natalio Kisnerman y Ezequiel Ander-Egg, entre otros.

⁶ J. P. Netto, art. cit., p. 75.

